

ra, me dijo entónces, las injurias que os he dicho; porque yo tambien tengo necesidad de que me mortifiqueis.” Y me exigia esto con tan buena voluntad, que yo quedé sumamente edificada de su profunda humildad. Muchas veces fué testigo de mis éxtasis, y entónces yo no oia nada de lo que decian, ni podia sentir el mal que me quisieran hacer: pero al momento que este buen padre me llamaba, resonaba su voz hasta lo íntimo de mi alma, y luego volvía al uso de mis sentidos exteriores.”

Desde la primera vez que Francisca de Serro-ne tuvo la dicha de ver á Felipe, reconoció en él una eminente santidad, la que fué inmediatamente conocida de ella porque era una alma muy adelantada en los caminos de Dios. Por lo demas, tal era la opinion que acerca de este hombre verdaderamente grande tenia todo el mundo; por lo que acudian de toda Europa á consultarle y admirarlo. Aun los mismos enemigos de la religion, si llegaban una vez á conocerlo, no podian dejar de amarlo y de profesarle la mas profunda veneracion.



CAPITULO XXXIII.

Ultima enfermedad y muerte del santo.



A principios del año de 1596, asaltó al siervo de Dios una continúa fiebre, acompañada de tan atroces dolores, que lo condujo, en el espacio de diez dias, á los bordes del sepulcro. Era admirable su paciencia: no se le escapaba una sola queja, ningun movimiento, ningun gesto que diera á entender lo que padecía; y en lugar de que pidiera á nuestro Señor algun consuelo, antes le rogaba que hiciese mas pesada aquella cruz: “Dios mio, le decía, en voz baja, aumentad mis dolores; pero tambien aumentad mi paciencia.” Hiciéronse venir dos médicos para que lo viesen: llegan, le toman el pulso, se consultan

ambos, y declaran que no hay remedio. Van á sentarse léjos de su cama, llenos de afliccion y de amargura, porque le amaban entrañablemente, y comienzan á hablar con algunos de los padres de la pérdida que van á tener. Durante este tiempo, oyen todos que el enfermo levanta su voz y dice: “¡Oh santísima y bellísima Señora! ¡oh tiernísima Reina mia!” Repitió muchas veces estas palabras con tanta energía, que todo su cuerpo se agitaba y temblaba su cama. Acercáronse los médicos, corrieron las cortinas de su pabellon, las cuales le cubrían, y le vieron suspenso en el aire abriendo y cerrando sus brazos, como si abrazara á alguno con ternura. En seguida volvió á decir: “No soy digno, no soy digno: ¿cómo, dulcísima Señora, os dignais visitar á un pecador como yo?” Se deshacian en lágrimas todos los presentes, y aguardaban con ansiedad el resultado de aquella vision, cuyo objeto envano procuraban descubrir. Por último, volvió á caer suavemente sobre su lecho, y permaneció en quietud y silencio. Acercáronse entonces de nuevo los médicos y le preguntaron cómo se sentía: “Estoy ya sano, respondió; ha venido la Santísima Virgen, y la enfermedad ha huido á su presencia.” Al decir esto, se cubrió el rostro para ocultar las lágrimas que corrían de sus ojos con abundancia. Poco convencidos los médicos de su curacion, temieron que le fuera nociva aquella emocion, y le dijeron: “No llo-

reis, padre, si quereis conservar la poca vida que os queda.--Hombres de poca fé, repuso el santo, persuadios que la Reina de los ángeles me ha curado.” En efecto, se convencieron que no tenia ya ninguna fiebre. Al dia siguiente dejó el santo la cama, y volvió á sus ordinarias ocupaciones.

A pesar de haber prohibido Felipe á los médicos que divulgasen lo que habian visto, ellos lo contaron á todo el que quiso oirlos, y muy pronto no se hablaba ya de otra cosa en la ciudad. Los cardenales Cusano y Federico Borromeo, se apresuraron á ir á ver al santo, y á darle la enhorabuena por el doble favor que acababa de obtener; y fueron tales sus instancias para que les refiriese el hecho, que al fin no pudo escusarse. Luego que volvió el cardenal Borromeo á su casa, puso por escrito la relacion de lo que acababa de oir, y se la envió al papa Clemente VIII, que tuvo sumo placer al leerla. En aquel dia no habló de otra cosa Felipe á los muchos amigos que le fueron á visitar, que de la devocion á la santísima Virgen. “Fiaos de mi experiencia, les decia, no hay medio tan seguro para obtener todo género de gracias, como pedir las por medio de la augusta María: Jesus no puede negar nada á su amantísima Madre.”

Sin embargo, no duró mucho tiempo esta curacion; porque á principios de Abril, volvió la fiebre con mas violencia y continuó atormentandole hasta fines de aquel mes. El primero de Mayo, aun

pudo decir misa y dar la comunión á muchas personas, con un aplomo, que hizo creer á los que lo veían, que habia vuelto á ser milagrosamente curado; pero aquella no era mas que una aparente y transitoria mejoría. A los tres dias sufrió una pérdida de sangre tan considerable, que creyendo Baronio que iba ya á morir, se apresuró á administrarle la extremauncion. Cesó al momento la hemorragia; pero siendo sumo el estado de debilidad, el cardenal Borromeo creyó deber administrarle al instante el sagrado viático. Bajó á la iglesia, tomó al santísimo Sacramento, y se lo llevó. Luego que entró á su cuarto, Felipe, que casi parecía un muerto, abrió los ojos, y exclamó fuertemente: “¡Aquí está el amor mio, el amor mio aquí está! este es todo mi bien; dadmele prontamente os suplico.” Al decir el cardenal el *Domine non sum dignus*, replicó el enfermo: “¡Oh! es cierto, yo no soy ni he sido nunca digno; porque en toda mi larga vida, no he hecho ningun bien; pero sin embargo, añadió, ¡ven, Jesus mio, ven! Despues de haber comulgado, dijo con un tono de voz muy alegre: “Acabo de recibir al médico de mi alma. El es todo para mí; y todo lo demas no es mas que vanidad de vanidades.” Permaneció sumamente tranquilo hasta la tarde; pero entónces comenzó otra vez á desangrarse abundantemente. Toda aquella noche la pasó con sus ojos fijos en el cielo, y se le oía decir: “Señor, yo os tributo humildes agradecimientos por este nuevo favor que

me haceis, de poderos dar mi sangre por la vuestra.” Siguió á este accidente una tos tan fuerte y violenta que le hacia perder la respiracion: las bebidas que se le hicieron tomar no causaron efecto alguno, y aquel terrible estado duró toda la noche.

A la mañana siguiente muy temprano, mandó Felipe algunas limosnas á las comunidades religiosas, para que se le aplicaran misas. Dijéronse, y al momento quedó sano. Vinieron los médicos á verle, temerosos de ya no encontrarle vivo; y luego que entraron, les dijo riéndose: “Id á aplicar á otros vuestras pobres medicinas; las mias son mucho mejores.” Quedaron sumamente admirados al ver que habian desaparecido todos los accidentes, y que la firmeza de su pulso anunciaba una arreglada salud. No pudieron ménos de exclamar que aquello era un milagro, como lo era en efecto; porque durante un mes, se dedicó completamente á sus ocupaciones ordinarias. Sumamente contentos sus discípulos, le dijeron un dia, que esperaban aún conservarlo por muchos años. “No lo creais, les respondió el santo; no me falta ya mas que un mes de vida.” Y aprovechando esta ocasion les predijo el dia, la hora y el modo de su muerte, designándoles tambien el lugar de su sepultura.

Vino Nero de Nigri á felicitarlo por su restablecimiento, y le dijo el siervo de Dios: “En efecto, estoy sano ahora y no siento mal alguno; pero esto no obstante, sabed que moriré dentro de pocos

días al caer de la tarde, y cuando ménos se piense.” En aquellos días no se encontraba con ninguno de sus padres, sin que le dijera: “Hijo mio, es preciso morir.” Enfadados de oírle repetir una misma cosa y con tanta frecuencia, le respondieron un día algunos de ellos: “Ya sabemos esto, padre, y ninguno de nosotros espera vivir aquí para siempre. No se trata de eso, repuso el santo; yo hablo de mi próxima muerte, y ninguno de vosotros la quiere creer; y por lo mismo ya no volveré á hablar de ella.” Vino también á visitarle Marco Antonio Maffé y le significó sus esperanzas, diciéndole: “Tened por cierto, padre mio, que Dios os conservará todavía largo tiempo entre nosotros, para bien de nuestras almas.” El santo anciano respondió riéndose: “Hacedme vivir dos meses solamente y os daré una rica recompensa.”

Tenia prometido á Francisco Zazzura decirle ántes de su muerte, todo aquello que debería practicar despues por la salvacion de su alma. Temiendo sin duda éste, que el santo muriera repentinamente, le recordaba de cuando en cuando su promesa, y le rogaba se la cumpliera: “Nadie nos corre, respondia Felipe: sosegaos: todos los días en el altar os encomiendo á Dios de una manera especial: no me ha de negar nuestro Señor sus luces respecto de vos; y antes de morir yo os cumpliré lo que tengo ofrecido. Tened confianza, y yo os aseguro que no será frustrada.” En efec-

to, nueve días antes de su muerte, le hizo venir á su cuarto, y le comunicó todas las revelaciones que habia tenido respecto de él.

La tarde anterior, estaba con Juan Bautista Guerra, y le preguntó el santo dónde estaría en el mes de Julio: “Estamos hoy á 15 de Mayo, respondió Bautista.—Pues bien, repuso Felipe, añadid diez días mas á esta quincena, y nos iremos de aquí.” En el mismo día dijo á otro de sus discípulos: “Hasta hoy, querido German, os ha causado mi poca salud muchas penas; pero ya se va á acabar tanto trabajo.” Despues añadió apretándole la mano: “Dentro de algunos días ha de suceder una cosa que os ha de afligir mucho: armaos pues de valor.” German, ántes de partir al día siguiente para Carboniano, lugar de la campiña de Roma, rogó al santo le diese su bendicion, y luego le dijo: “Aseguradme, padre mio, que os volveré á ver bueno y sano. Para poder ahora irme contento, necesito que me deis esta seguridad.—¿Qué tiempo tardareis en volver? le preguntó el santo.—Siete días, respondió German: quiero estar aquí la víspera de Corpus.” Felipe reflexionó por un momento, y dijo: “Podeis marchar sin temor; pero no demoreis mas vuestra vuelta.” Se puso en camino, y permaneció seis días en Carboniano sin inquietud alguna; pero en la noche que precedió á la víspera de la gran solemnidad, tuvo un sueño que le puso en gran cuidado. Pareciale que veía á Felipe tendido en su

cama, y que le decia: "German, me muero." Luego que amaneció, se puso en camino, y en el momento que llegó á Roma se fué al cuarto del santo, al que tuvo el gusto de encontrar bueno y sano. Le tomó la mano y se la besó con grande amor y respeto; y el santo le dijo estas palabras: "Llegais á buena hora: si os hubierais dilatao un poco mas, ya no me hubierais encontrado."

Aquel mismo dia se hallaba enferma muy gravemente una muger llamada Bernardina; y movido de lástima su confesor por tres chiquitos que dejaba en la horfandad; corrió á ver al santo, y le suplicó le consiguiese de nuestro Señor la conservacion de aquella pobre muger. "Volved á verla, respondió el santo, y decidle que tenga confianza: ella sanará y yo moriré." Dos dias despues, aquella muger estaba buena y sana y Felipe no era ya de este mundo.

En aquel mismo tiempo, Juan Bautista Guerra, prefecto de la iglesia, hacia construir un panteon para los individuos de la congregacion. Luego que se concluyó la obra, lo dijo delante de Felipe, y éste le preguntó si ya tenia allí su lugar. "Indudablemente, padre mio, respondió Guerra; vuestro lugar está debajo del altar mayor, al lado del Evangelio. "Vos no habeis de permitir, le replicó el santo, que yo repose en ese lugar. Ciertamente que sí, padre mio, contestó Guerra, estad seguro de que será así.—Yo se bien, insistió el santo, que me dejareis poner allí; pero despues me ha-

reis transportar á otra parte." Cumplióse esta profecía, como lo diremos mas adelante.

El dia de Córpus, se sentó á confesar desde por la mañana muy temprano, y parecia que adivinaban sus penitentes que era la última vez que el santo les prestaba este servicio. En efecto, les manifestó en aquella ocasion mas ternura de la que acostumbra, los exhortó á la frecuencia de sacramentos, á la lectura de las vidas de los santos, y acabó por dar á todos en penitencia el que rezasen un rosario por él, despues de su muerte. Luego que acabó de confesar, rezó sus Horas menores con una devocion singular; despues de lo cual, celebró el santo sacrificio de la misa en su oratorio privado dos horas antes que de ordinario, y esta misa fué acompañada de circunstancias extraordinarias. Al ir de medio del altar al lado de la Epístola, para rezar el Introito, se detuvo y miró al aire hácia el occidente, con tal atencion, que creyeron los presentes que veia alguna cosa del cielo. Al llegar al *Gloria in excelsis*, lo cantó, con grande admiracion de los asistentes, cuyos corazones no pudieron menos de enternecerse al oír el acento de piedad y santa alegría con que lo entonó. Luego que ofreció el santo sacrificio, dió gracias y se retiró á su cuarto á desayunarse. Entónces entraron los cardenales Borromeo y Cusano, y se estuvieron con él hasta medio dia. Le trajeron en seguida un ligero alimento, el que despues de tomarlo, se quedó dormido. Luego que recordó, á poco rato,

rezó vísperas y completas, y empleó el resto del día en oír leer vidas de santos y en recibir algunas visitas. Ya al anochecer vino el cardenal Cusano, acompañado de Pamphili, auditor de rota, y del obispo de Monte Policiano, y todos juntos rezaron maitines y laudes, y al acabar llegó el médico, quien despues de haber tomado el pulso al santo anciano, le dijo: "Padre mio, de diez años á esta parte, nunca habeis estado mejor que ahora." Todos se retiraron entónces, menos el cardenal que queria reconciliarse. Despues de haberlo confesado Felipe, lo acompañó hasta la escalera; y al decirle adios, le apretó la mano, mirándolo de la manera mas expresiva. Vinieron otras muchas personas á confesarse, y en esto ocupó todo el tiempo hasta que llegó la hora de cenar. Tomó un corto alimento, y despues se fueron los padres á recrear con él segun su costumbre. Cuando salieron, hizo su oracion de la tarde, y se acostó bueno y sano, diciendo al hermano que lo cuidaba: "Ahora debo morir." A poco rato preguntó que hora era. "Las siete, respondió el hermano.—Aun faltan dos horas para irnos, dijo el santo." Una hora despues se levantó, y se puso á pasear por su cuarto. Gallonio, que vivía abajo de él, oyendo el ruido de sus pasos, subió para saber el motivo; pero ya el santo se habia vuelto á su cama, y se contentó con preguntarle qué tenía: "Siento, le respondió el buen padre, que se acerca ya la muerte."

A estas palabras, corrió Gallonio á avisar á sus compañeros, y mandó llamar á los médicos á toda prisa. Estaba el santo anciano sentado en su cama y próximo á la agonía. Los médicos le hicieron tomar una bebida que reanimó su fuerzas y le volvió el uso de la palabra; pero esta mejoría no duró mas que un instante. Desaparecieron todos los síntomas de vida, y solo el movimiento del corazon atestiguaba que aun vivía. Entónces todos su hijos cayeron de rodillas deshaciéndose en llanto. Baronio, un poco mas dueño de su dolor que sus compañeros, le dijo con una voz demudada: "Padre mio, os vais sin decirnos nada; dadnos siquiera vuestra bendicion." El santo abrió los ojos y los fijó en el cielo por algunos momentos, pidiendo, sin duda, al Señor, bendijese aquella familia que le era tan querida. Hecho esto, espiró.

